

rado por Gabriella de Beer. Las preguntas formuladas son de una gran sagacidad, ya que la autora tuvo que tener en cuenta que Cabrera no es contemporáneo, pero tampoco está tan lejos en el tiempo para que se le pueda dar perspectiva histórica. En las entrevistas a parientes, amigos, colegas y conocidos de Cabrera es evidente la altura intelectual y moral en que se tenía a este hombre, que supo renunciar a los más altos cargos públicos para poder dedicarse enteramente al servicio de sus compatriotas. En el apéndice figuran las preguntas formuladas a los entrevistados en el capítulo XI; una bibliografía de libros, folletos y artículos periodísticos de Luis Cabrera; artículos sobre él, y una valiosísima bibliografía de libros de consulta para estudiar la Revolución mexicana.

*Luis Cabrera* fue hábilmente traducido del inglés por Ismael Pizarro y Mercedes Pizarro, y se avalora con fotografías de Cabrera en diferentes épocas y también de sus familiares.

Gabriella de Beer nos da en este libro una clara visión de Luis Cabrera como estadista, pero también nos hace ver al hombre de letras, al estudioso de la lengua española y su constante preocupación por el buen uso de ella; sus estudios humanísticos, y su certera crítica sobre autores coetáneos como Vasconcelos. Pocas veces un libro tan documentado, tan lleno de datos sobre una época complicada, puede leerse tan amenable y puede ser inspiración para futuras investigaciones.

SUSANA REDONDO DE FELDMAN

*Columbia University.*

ANTONIO R. DE LA CAMPA y RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ, *Poesía hispanoamericana colonial. Antología*. Selección, estudio y notas de A. de la C. y R. Ch.-R. Madrid: Editorial Alhambra, S. A., 1985.

Bienvenida esta antología de la *Poesía hispanoamericana colonial*, con su bien informada y útil síntesis histórica que la preside, sus notas, acertados juicios críticos y bibliografías (general y para cada capítulo y autor incluido), que viene a llenar un vacío por demás notorio en el estudio de nuestras letras. Porque mientras períodos como el modernismo y la poesía del siglo XX cuentan con crecido número de florilegios, parnasos y otras exposiciones, para hallar textos de nuestra poesía colonial hay que ir a buscarlos a las antologías generales (desde J. M. Gutiérrez a Calixto Oyuela o Julio Caillet-Bois, por ejemplo) o debemos recurrir a las recopilaciones hechas para cada país hispanoamericano: Argentina, Chile, México, etc. Además, este volumen, de unas 370 páginas, tiene la ventaja de ser fácilmente accesible y manejable, como texto escolar y como libro de consulta para profesores y estudiosos o simples gozadores de nuestra poesía de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Con criterio ya practicado por Julio Caillet-Bois en su *Antología de la poesía hispanoamericana* (Madrid: Aguilar, 1965), tan difundida y necesaria (hasta ahora) como llena de errores y erratas, De la Campa y Chang-Rodríguez reúnen en esta compilación, como no podía ser de otro modo, muestras representativas de la producción poética indígena de América anterior a la llegada de los españoles y la que se produjo con la conquista y colonización. La poesía en la América hispánica, como en la de habla inglesa, no comienza con la llegada de los descubridores; ésta es una verdad históricamente obvia, pero el título de la antología, «poesía hispanoamericana colonial», obligaría a dejar fuera todo lo que no fuese escrito en español.

La «Nota del editor» trata de aclarar el posible equívoco, pero parece más bien una redundancia. Mejor hubiera sido titular la antología «poesía en la América hispánica», con indicación del período o períodos escogidos. El adjetivo «hispánica», por lo demás, podría dar cabida a la poesía del Brasil, al no decirse en la «América de habla o lengua española». Desde el famoso libro de Pedro Henríquez Ureña (*Las corrientes literarias en la América hispánica*) damos como un *fait accompli* que «hispánico» equivale a «ibérico» y abarca lo español y portugués. Acaso un cambio del título, en nuevas ediciones —que las habrá muchas, dadas la importancia y necesidad de esta antología—, podría desvanecer dudas y prejuicios.

Los compiladores ordenan autores y textos en forma cronológica, en todo cuanto ha sido posible, con lo cual salvan problemas que se suelen presentar con la adopción de una nomenclatura estética insoslayable: poesía renacentista, manierista (término que los autores rehúyen, con razones que explican), barroco, rococó, neoclásico. A cambio de este criterio estético-cultural (en el prólogo dan una adecuada presentación de la «formación» y estado de la cultura general de la época), se ofrece una muy didáctica agrupación según los modos y formas de la poesía de los siglos XVI, XVII y XVIII procedentes de la Península y cultivados, adaptados o renovados en el Nuevo Mundo: «la lírica fluye en seis vertientes diversas», dicen en páginas 20-21: «la popular, la culta (italo-renacentista), la histórico-narrativa, la sátira, la descriptiva y la religiosa». Acaso hubiera sido más preciso decir «poesía» en vez de «lírica» y agregar la vertiente épica, que se confunde con la histórico-narrativa, y la didáctico-moral, que podría incluir la fábula. En el «período hispánico», como propuso la Academia de la Historia de Argentina que se llamara al «período colonial», se cultivaron todos los géneros, especies y formas preceptísticas procedentes de España, y alguna, como la décima o espinela, que en la Península fue forma culta, en América se convirtió en módulo de poesía popular; y hubo integración de formas importadas con las nativas, como el yaraví con la endecha, por ejemplo.

Los antologistas demuestran amplio conocimiento del proceso estético-cultural del período que estudian, pero prefieren no terciar en cuestiones controvertidas como son las versiones sobre el barroco, a veces presupuestas en base a ideologías que privilegian desplazamientos más políticos que literarios o poéticos (véanse pp. 34-35). Tampoco se detienen en un estudio específico de las poéticas, dispersas en prólogos, composiciones diversas y aun tratados teóricos, como el de Ayllón, entre otros. En cambio, orientan sus reflexiones y propuestas hacia una búsqueda de lo original americano y de lo que podría o debería ser la identidad poética de la América indo-hispánica. Así, cuando se refieren a Terrazas, Castellanos y Ercilla como los tres nombres con que se «inaugura la historia de la poesía colonial hispanoamericana», destacan: «Y además, lo cual es aún más significativo, en sus muestras aparece, bajo matices muy diversos, una actitud de acercamiento, comprensión y permeabilidad hacia las nuevas tierras y los nuevos temas. Por ello, aunque la mayoría de estos autores sean españoles de nacimiento, los productos de su quehacer literario llevan de algún modo la impronta americana...» (pp. 25-26), tesis que coincide con la expuesta en nuestro libro *En este aire de América*, generosamente citado por los autores en la parte histórico-crítica de la antología. O sea que, en un contexto más general y como tesis que se promueve a partir de los textos: «Si bien el reducido grupo de escritores nacidos o residenciados en Indias imitaba las letras peninsulares, sus obras frecuentemente se ocupan de acontecimientos y temas americanos a la vez que exhiben los defectos y virtudes de la sociedad colonial. En ellas encontramos la crítica junto a la alabanza y al deseo de superar

a congéneres europeos; en su mismo afán de autodefinición y de superación, tal escritura revela el signo distintivo de su dependencia y a la vez remite a la fractura de la otredad americana» (pp. 18-19). [La «otredad» está referida en el sentido de Todorov, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre* (Paris: Seuil, 1982), anticipada, en forma crítica, por Robert Jaulin en *La paix blanche...* (Paris: Seuil, 1970).] La exposición histórico-cultural está escrita en lenguaje claro, simple, preciso, pleno de sugerencias y atisbos iluminadores. Igualmente valiosas, responsables, son las presentaciones y valoraciones que preceden los textos de cada autor seleccionado. Y queda por hablar de la selección de autores y textos.

Por ser una antología, y no una exposición, lo selectivo priva sobre lo cuantitativo: calidad, cualidad, más que cantidad. En la «Presentación» (p. vii) se detalla y justifica dicha opción: «En la selección de autores y obras se ha seguido el criterio de elegir las figuras más importantes de la época, conscientes de las limitaciones subjetivas impuestas por tal opción. No se ha tratado de abarcar la producción total de la poesía colonial hispanoamericana, pues al presentar a los creadores más significativos se ha propiciado una ilustración en profundidad del nivel alcanzado por esta modalidad expresiva en Hispanoamérica. En cuanto a la selección de los textos, se ha seguido una pauta a nuestro parecer correcta, pero a veces difícil de realizar: ofrecer lo más representativo y logrado.» Verdad: no hay selección ni calidad sin el primado de lo subjetivo, que puede pesar como sacrificio en las exclusiones. Y así, unos buscarán, en el rigor limitativo o en el dominio de lo imprescindible, un soneto tan insoslayable como el que comienza con «No me mueve, mi Dios, para quererte» o el nombre de su presunto autor, el venerable Fray Miguel de Guevara, o algún límpido romance del chileno Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán; un peruano podría reclamar la ausencia de Pablo de Olavide y, acaso, a Juan de Peralta; un mexicano, a Salazar de Alarcón, a Joaquín Velázquez de Cárdenas y León, a Manuel Martínez de Navarrete, etc. Para esos descontentos hay abrevadero generoso en la antología de Caillet-Bois, en la que priva el criterio expositivo. La antología que comentamos no agrega autores inéditos o desconocidos, y no por falta de información de los compiladores (basta con recordar las aportaciones, en este sentido, de Raquel Chang-Rodríguez); aquilatar lo conocido puede ser un criterio académico, pero también, y sobre todo, un desiderátum cultural y, en este caso, de afirmación poética. Otros períodos de nuestra poesía, en especial el romántico, exigen cribas como ésta, y la labor de Antonio de la Campa y Raquel Chang-Rodríguez ha de servir, sin duda, como modelo para futuras recopilaciones y síntesis ordenadoras.

ALFREDO A. ROGGIANO

*University of Pittsburgh.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *El amor en los tiempos del cólera*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1985.

Por regla general, todas las obras de Gabriel García Márquez convergen en lo grandioso de la desmesura; ese irnos sacando de nuestro propio mundo, de nuestras propias órbitas, para colocarnos girando alrededor del sol de lo maravilloso, es lo que ha logrado para nosotros este narrador, quien ahora busca, con esta novela, afirmar una vez más su proposición de profundidad y belleza. Gran desafío, puesto que en esta novela no recurre a los métodos de disparar una anécdota o frase hasta las últimas fronteras de su relación con lo real o formular a través del lenguaje